

Colette, la escritura de los sentidos

Brigitte LEGUEN

Departamento de Filología Francesa
UNED

RESUMEN

En este trabajo se analiza la permanente relación de la palabra poética de la escritora francesa Colette con los cinco sentidos, vividos y transmitidos de una manera voluptuosa e íntima.

Palabras clave: Colette, literatura francesa contemporánea, literatura y sentidos.

ABSTRACT

This work analyses the relationship between some of the writings of the French author Colette, and the five human senses, always lived and felt in a voluptuous and intimate way.

Key words: Colette, French Contemporary Literature, Literature and Senses.

Colette... [...] croyez-moi, c'est un arcane dont l'étude est interdite à la plupart des contemporains ! On y trouve des beautés de premier ordre qui ne sont rien d'autre que d'émouvants frissons de la chair.

(“Colette, créanme, es un arcano cuyo estudio resulta inalcanzable a la mayoría de nuestros contemporáneos. Se encuentran bellezas de primer orden que no son más que conmovedores escalofríos de la carne”)

(GUILLAUME APOLLINAIRE, *La littérature féminine*, 1909)

INTRODUCCIÓN

Colette es una escritora del siglo XX, aunque educada en la Francia decimonónica (nace en 1873 y muere en 1954); su obra, difícil de clasificar, marcó la literatura francesa de un sello muy particular. Ha sido objeto de violentas críticas y de grandes elogios. Las críticas fueron dirigidas esencialmente hacia episodios de su

vida que se consideraron en su momento como escandalosos. Sin embargo, recibió al final de su vida un reconocimiento unánime por parte de la sociedad y del mundo literario francés. Su obra completa está publicada en la prestigiosa colección de La Pléiade en cuatro tomos (los textos citados en este artículo proceden de esta misma edición).

Todos los estudiosos de la obra de Colette coinciden en considerar que crea un estilo propio partiendo de una experiencia de vida singular completamente alejada de los movimientos feministas y de cualquier escuela o corriente literaria. Es probablemente esta actitud tan absolutamente libre e incluso libertaria la que pone tantos obstáculos a la primera etapa de su vida de escritora. Sin embargo importantes autores como Proust o Mauriac (sorprendentemente opuestos desde muy diversos puntos de vista) no dudaron en colocarla entre los grandes escritores de su tiempo.

PRIMERA PARTE

Una de las funciones de la Literatura es facilitar el acceso a la comprensión del mundo, y en particular el acceso a la parte no visible, no objetiva de la realidad o de las realidades que nos rodean. Jan Patocka, autor de un libro titulado *L'écrivain, son objet (el autor y su objeto)*, define el papel del escritor como el revelador primero, original, del entramado de los sentidos de la vida...el administrador original de la totalidad de la vida y de la totalidad universal” resumiendo, nos dice que el escritor se hace cargo del sentido del mundo más allá de los sentidos.

En un texto literario todo piensa y todo nos devuelve al mundo y a nosotros mismos en medio del mundo. Hablar de sensualidad, de la sensualidad de un texto, no nos condiciona, no nos limita a la superficialidad de las cosas, al mero disfrute de la sensación, a lo efímero de la sensación, a la fragilidad del instante. Cada sensación descrita, cada sentido invocado es producto del lenguaje, es fruto de la premeditación, de la búsqueda y de la elección de las palabras adecuadas para llegar al resultado deseado. Hablar de la obra de Colette es hablar de la intencionalidad de los sentidos, de su realidad literaria, de la calidad formal de la obra (esta calidad que tanto fascinaba a Proust).

Al principio del siglo XX dos autores como Colette y Proust cultivan el lenguaje de la sensación, cada uno de un modo muy diferente, con una intencionalidad muy diferente. Sin embargo existe una conciencia común que podríamos denominar *la gourmandise phonétique* o sea la “glotonería fonética”, el gusto por ciertas palabras, por su musicalidad, por los estados que despierta, por su poder evocativo e invocativo.

Dice Colette en *La vagabonde* (Pléiade.1.1084) “para mí tal palabra me basta para recrear el olor, el color de las horas vividas, es sonora y llena de misterio como una concha en la que canta el mar” (*pour moi, tel mot suffit à recréer l'odeur, la couleur des heures vécues, il est sonore et plein et mystérieux comme une coquille où chante la mer...*).

Pero que la comparación con la concha no nos lleve a engaño ni infantilice la percepción y la elaboración del texto. Colette busca prioritariamente el detalle real, la exactitud verbal, la precisión del término, en particular en cuestiones de botánica: busca nombres de plantas, flores, mariposas, gatos, perros y toda clase de animales menos los pájaros que por algún misterioso motivo le hacen desconfiar.

Su aprendizaje le viene de lejos, de la infancia, de su madre Sido que le enseña a buscar la palabra justa y a llamar a las cosas por su nombre.

Desde niña le fascinan los vocablos desconocidos que utiliza sin saber y que elige por su sonoridad, sus características fonéticas, como por ejemplo la anécdota acerca de la palabra "*presbytère*", una palabra que descubre a los ocho años y que pasea por la vida como un trofeo, arrojándola a los paseantes como si fuera un hechizo.

De su padre hereda el gusto por los vinos y los alimentos más diversos; su obra está repleta de los sabores más refinados, de la voluptuosidad de los olores, de las texturas. Le gustan los sabores fuertes de la región de la Borgoña pero muestra curiosidad por todos los lugares que descubre y en los que veranea o se instala por algún tiempo: Bretaña y en la época de la madurez el sur de Francia que descubre tardíamente de la mano de Maurice Goudekot. En cada lugar elogia los productos y la gastronomía que descubre y saborea: el ajo crudo, los chocolates, el cordero, los platos lentamente guisados, las salsas, los festines bucólicos. Colette se deleita en el placer oral con júbilo insolente. Dice "*de dónde me viene este gusto violento por las bodas rústicas? Qué antepasado me legó esta especie de religión del conejo salteado, de la pierna de cordero con ajos, del huevo escalfado al vino tinto, servido dentro del pajar adornado con sábanas de lino crudo salpicado por el rojo de la rosa de junio.*" (Pl. II, p. 1010).

"D'où me vient ce goût violent du repas des nocces campagnardes? Quel ancêtre me légua, à travers des parents si frugaux, cette sorte de religion du lapin sauté, du gigot à l'ail, de l'œuf mollet au vin rouge, le tout servi entre des murs de grange nappés de draps écrus où la rose rouge de juin, épinglée, resplandit?..."

Esta aptitud y esta pasión forman parte del arte de vivir francés y responde incluso a una cierta obsesión cultural. Recordemos el lugar que ocupan en Francia los grandes cocineros como por ejemplo Brillat-Savarin y la multitud de escritores que se interesan por la vida de los fogones: dos ejemplos famosos son Alejandro Dumas padre y George Sand en el siglo XIX. Llama poderosamente la atención el obsesivo interés de los viajeros románticos franceses describiendo los alimentos en España, como lo hicieron Mérimée o Théophile Gautier...

Esta obsesión está muy estrechamente asociada a la sensualidad y a una cierta visión erótica que se traslada también al cine contemporáneo. En el caso concreto de Colette esta pasión tan constante inspiró cantidad de obras, y de libros de cocina que recogen recetas de la escritora (como por ejemplo el libro de Marie-Christine et Didier Clément, autores de *Colette gourmande*, Albin Michel, 1990).

En su obra las descripciones de festines varios son muy frecuentes y nos podemos detener a título de ejemplo en una merienda pantagruélica de la niñez, a base

de pan negro, pepinillo en vinagre, panceta ahumada y sidra (en “Puériculture”, en *Prisons et Paradis*, Pl.,III, p.728); o en la descripción de la voluptuosa cocción de la trufa en el vino blanco, con sal y pimienta y algunos tropezones de panceta entreverada (“Rites”, en *Prisons et Paradis*, Pl. III, p. 732)

Junto con la necesidad permanente de catar los vinos, manjares y palabras está el olfato que la escritora considera como el más “aristocrático” de los sentidos mientras que el gusto le parece “el más salvaje”. Los olores le permiten recuperar la memoria y revivir sensaciones de la infancia. En *mes apprentissages* recuerda el olor del tabaco, el gas de la lámpara, el olor a tinta y a cerveza una noche en el salón (Pl. III, p. 1012). Los olores le devuelven la presencia del padre junto con los objetos que le rodeaban” *un pequeño bastón de cera verde que olía ligeramente a incienso*”...

El oído también contribuye en revivir sensaciones. Para ella, escuchar es una labor intelectual que requiere un esfuerzo de todo el cuerpo; dice:

“Escuchar, es un esfuerzo que envejece el rostro, agarrota los músculos del cuello, endurece los párpados a fuerza de mantener la mirada fija en aquel que habla...es una especie de libertinaje aplicado... pero no basta con escuchar, hay que traducir, alcanzar el sentido secreto de una sarta de palabras sin brillo...” (*Le pur et l’impur*, PL. III, pp. 579-580)

“Ecouter, c’est une application qui vieillit le visage, courbature les muscles du cou, et roidit les paupières à force de tenir les yeux fixés sur celui qui parle... C’est une sorte de débauche studieuse... Non seulement l’écouter, mais le traduire... Hausser jusqu’à son sens secret une litanie de mots ternes, et l’acrimonie jusqu’à la douleur, jusqu’à la sauvage envie...”

La musicalidad de las palabras hechiza y electriza. Colette practica la sinestesia y la sinergia o sea que juega con la acción combinada de varios órganos y con la percepción simultánea: oír lo visible, tocar el olor, saborear el sonido, etc.

Alude al sonido de la lluvia y dice: “El sonido sedoso de la lluvia acaricia los cristales y la garganta del canelón solloza como una paloma...” (“Le premier feu”, en *Dialogues de bêtes*, Pl. II, p. 36)

“Le bruit soyeux de la pluie caresse les vitres et la gorge de la gouttière sanglote comme un pigeon.”

Mientras que en los sonidos se deposita la memoria nostálgica de los objetos visibles:

“Aquel llanto espeso a lo largo de un tronco es la agonía de un abeto muy viejo que la hiedra pacientemente mató” (*ibid.*, p.35).

“Ce pleur épais au long d’une bûche, c’est l’agonie d’un très ancien sapin, que le lierre patient a tué.”

La mirada de todos modos es el órgano del deseo por excelencia., el que convierte la realidad en imágenes y hace posible el primer acercamiento para ir luego más allá, vagabundeando por los sentidos:

Dice: “Hago algo más que ver el tulipán agitarse: oigo el iris abrirse...” (“Fleurs”, en *Aventures quotidiennes*, PL. III, p. 95).

“Je fais mieux que de voir la tulipe reprendre ses sens: j’entends l’iris éclore. Sa dernière soie protectrice crisse et se fend au long d’un doigt d’azur, tout à l’heure déroulé lui-même...”

Recordemos la frase del pintor Delacroix, “*ce qu’il y a de plus réel pour moi, ce sont les illusions que je crée avec ma peinture. Le reste est un sable mouvant*” (las ilusiones son sin duda lo que me resulta más real, lo que pinto y lo que invento con mi pintura. El resto no es más que arena movediza.)

Es hora de hablar de la metáfora en Colette. No transfigura la realidad sino que al revés, busca la más íntima realidad y busca por encima de todo *la visibilidad* de lo que metaforiza.

Estamos muy lejos de la metáfora surrealista que procede por paulatina diseminación de ondas oníricas y obliga al lector a ensanchar más y más los límites de su mundo posible. Recordar por ejemplo el poema de André Breton *Union Libre*: “*ma femme à la chevelure de feu de bois/ ma femme à la langue d’hostie poignardée..* » Colette coge el universo conocido y lo decapa; parte de lo conocido y añade nuevas capas de sensación; pero en su visibilidad más brillante procura alcanzar una aleación entre los cinco sentidos:

Mediodía: “*saltamontes que sierran en menudas virutas la cánicula*”

La siesta: “*abre en el centro incandescente del día un fresco abismo*”...

Una nube pasa delante de la luna decreciente: “*agarrada al disco recortado como el pez à una loncha de fruta mordida*”

El aparato de riego: “*erguido sobre su único pie, abre su cola de pavo real blanco bardado de un inestable arco iris.*”

Pero tanta habilidad verbal trae consigo una pregunta: ¿porqué tanta necesidad de reproducir la sensualidad, porqué tal necesidad de expresar el deseo de ver, sentir y sobre todo de alcanzar la plenitud de tal deseo?

Se ha reprochado a Colette la relación exhibicionista entre escritura y vida, una vida considerada como escandalosa en aquel momento de la sociedad francesa y es de subrayar que, a menudo, la opinión de la crítica (entonces eran casi todos críticos) insistió más en las anécdotas atrevidas de su vida, dejando en un segundo lugar su obra y su trabajo sobre el lenguaje.

Existen varios motivos por los que esta obra desarrolla con tal profusión, con tal derroche de detalles, la expresión exacerbada de todos los sentidos.

- En primer lugar una auténtica tradición cultural de “terruño francés”: pensemos en Rabelais, o en George Sand; Colette es una escritora muy de su tierra, de su país, de su cultura de origen.

- Existe por otra parte en esta obra un culto a la vida en su nacimiento, en su despuntar, en ese breve instante, en esa fugitiva escena, en la que la naturaleza se metamorfosea para alcanzar un nuevo estado; la escena del primer encuentro entre el personaje y los signos de la vida.
- Esta obsesión de los principios, esta visión mítica de los orígenes, de los principios limpios y nuevos de la vida, responde a su vez a una necesidad imperiosa de captar la vida bajo todos sus disfraces y de luchar contra la muerte de la que no quiere oír el nombre.
- Su antídoto contra la muerte, su remedio para conseguir un renacer permanente está en la escritura. Dice a este propósito Julia Kristeva:

“Cependant cette femme exerce l’art des mots non pas comme une rhétorique, comme une pure forme, encore moins comme un message d’idées. Si elle pense en écrivant, c’est que cette pensée écrite est immédiatement une nouvelle vie qui lui procure, au-delà d’un nouveau moi et d’un nouveau corps, une véritable osmose avec l’Être. Son écriture sensuelle, gustative, et sonore, parfumée et tactile, est une pensée qui s’est faite chair: Colette n’invente pas une forme littéraire, elle construit un alphabet du monde sensible en brodant et en mangeant le tissu du français.” (Kristeva, p. 561.)

“Sin embargo, esta mujer se ejerce en el arte de las palabras no tanto como parte de una retórica, una pura forma, menos como un mensaje de ideas. Si piensa escribiendo, es para que este pensamiento escrito se convierta inmediatamente en una nueva vida que le lleva, más allá de un nuevo “yo” y de un nuevo cuerpo, a una verdadera ósmosis con el Ser. Su escritura sensual, gustativa, y sonora, perfumada y táctil es un pensamiento que se encarna: Colette no inventa una forma literaria sino que construye un alfabeto del mundo sensible bordando y comiendo el tejido del francés.”

En un libro siempre actual y enriquecedor, Jean-Pierre Richard subraya la dificultad que experimenta el escritor Marcel Proust para acceder a la sensación en su plenitud, convirtiéndola en una realidad. Habla el crítico de “materia prohibida”; existe casi siempre (aunque no siempre) un deseo del deseo que no queda nunca saciado y resuelto en *La Recherche*, mientras que en Colette el deseo se sacia a través de una doble vía: por medio de la escritura que aparece como un permanente “renacer” y por la vía del deseo saciado en el imaginario con una persistencia que nunca desfallece; Colette no teme la inmediatez voluptuosa y la escritura es una incitación más hacia la voluptuosidad, mientras que Proust describe la dificultad de alcanzar el objeto de su deseo y de obtener la reciprocidad de este deseo oculto.

Ya decía Paul Valéry en una frase muy citada que *“le plus profond de l’homme était sa peau”* la piel es lo más profundo del hombre, en la medida en la que es en ella y solamente en ella que la profundidad soñada podrá aflorar y expresarse. Pero Proust se queda en el borde, en la superficie, en los márgenes, en la capa más epi-

dérmica del ser. El amarillo color huevo de los botones de oro no puede derivar (dice) hacia una veleidad de degustación, y el placer es de superficie causado solamente por la vista; producen lo que Proust denomina una “*inútil belleza*”! (J-P.Richard, p. 38) Mientras que Colette busca y encuentra la corporeidad de las cosas y alcanza siempre algo tangible y placentero. En un texto, *Sido*, cuenta cómo paseando encuentra dos riachuelos y los prueba:

“*Je revenais à la cloche de la première messe. Mais pas avant d’avoir mangé mon saoul, pas avant d’avoir, dans le bois, décrit un grand circuit de chien qui chasse seul, et goûté l’eau de deux sources perdues, que je révérais. L’une se haussait hors de la terre par une convulsion cristalline, une sorte de sanglot, et traçait elle-même son lit sableux. Elle se décourageait aussitôt née et replongeait sous la terre. L’autre source, presque invisible, froissait l’herbe comme un serpent, s’étalait secrète au centre d’un pré où des narcisses, fleuris en ronde, attestaient seuls sa présence. La première avait goût de feuille de chêne, la seconde de fer et de tige de jacinthe... Rien qu’à parler d’elles, je souhaite que leur saveur m’emplisse la bouche au moment de tout finir, et que j’emporte, avec moi, cette gorgée imaginaire.*” (Sido, Pl. III p. 502)

Pasea por los bosques y devora la naturaleza, prueba los manantiales que saben a hoja de encina, a hierro y tallo de jacinto. La sensación es real y también deseada y recordada; existe una perfecta yuxtaposición entre el sorbo literal y el sorbo imaginario; el cuerpo almacena y la cabeza inmortaliza el instante... se lleva el sabor y se lleva la sensación.

La escritora celebra todos los placeres y recuerda cómo su padre le inicia a la embriaguez dándole a los tres años una copa de vino fuerte y dorado, el “*muscat de Frontignan*”. Esta primera embriaguez iniciática es el punto de arranque de otras muchas y de todas las demás (“*vins*”, “*la treille muscate*”, in *Prisons et Paradis*, Pl.III, p.691. En esta experiencia narrada, como en otras muchas, no hay temor, no hay tan siquiera duplicidad o duda ante la manifestación de los sentidos. Allí está probablemente el motivo por el que tachan de obscena o de perversa esta obra en la medida en la que no existe nunca una actitud moral, una sensación del bien o del mal, algún temor ante la mirada del otro o de los otros. Todo tiene lugar de la forma más directa desde el punto de vista psicológico.

Para concluir este breve paseo por la sensualidad coletiana, me remitiré a su último texto titulado *Le fanal bleu*. Alude precisamente al desfallecimiento de los sentidos, a la pérdida del oído, a la debilitación de las fuerzas. Desde su cama recuerda en un especie de diario de su vida las últimas cenas con amigos, sus reuniones con los miembros del premio Goncourt, las piedras preciosas que le enseña su amigo el joyero, las visitas de sus amigos con sus perros. En su último texto hace el balance de sus sentidos lesionados y se pregunta acerca de la escritura ¿podrá renunciar a escribir? Toma conciencia de sus limitaciones y entiende que su único renacer está en el hecho de seguir escribiendo como siempre hasta el final. En este último texto se puede percibir hasta qué punto la vida en su latido más visceral está yuxtapuesta a la escritura, al hábito ya irrefrenable de seguir hasta el final:

“Or, si je suis immobile ce soir, je ne suis pas sans dessein, puisqu’en moi bouge, –outre cette douleur torse, en grosse vis de pressoir– un sévice bien moins familier que la douleur, une insurrection qu’au cours de ma longue vie j’ai plusieurs fois niée, puis déjouée, finalement acceptée, car écrire ne conduit qu’à écrire. Avec humilité je vais écrire encore. Il n’y a pas d’autre sort pour moi”...

“Si estoy inmóvil esta noche, no lo estoy sin propósito, ya que dentro de mí algo se mueve– al margen del dolor profundo... un sufrimiento menos habitual, un sublevamiento que negué varias veces a lo largo de mi vida, y que finalmente asumí, ya que escribir sólo conduce a escribir más. Escribiré aún con humildad, ya que no tengo otra suerte...”

Quiero terminar esta breve intervención subrayando la fuerza de la relación entre la vida y la escritura en la obra coletiana. El acto de escribir está vivido como una auténtica respiración, y al final como el último aliento y el último sentido que la autora puede todavía encontrar en aquella vida ya tan vulnerable.

BIBLIOGRAFÍA

- L’ABCdaire de Colette* (2000), Guy Ducrey, Flammarion.
 DEL CASTILLO, Michel (1999), *Colette, une certaine France*, Stock, París.
 GOUDEKET, Maurice (1956), *Près de Colette*, Flammarion, París.
 KRISTEVA, Julia (2002), *Le génie féminin*, tomo 3, Fayard, París.
 LOTTMAN, Herbert (1990), *Colette*, Fayard, París.
 SARDE, Michèle (1978), *Colette, libre et entravée*, Stock.
 PICHOS, Claude, y BRUNEL, Alain (1999), *Colette*, Ed. de Fallois, París.